

No pierdas el tiempo

Fernando Torre, msp.

«No pierdas el tiempo que Dios te concede para tu perfección»¹, le dice Conchita a Teresa de María.

¿Qué significa “no perder” el tiempo? Obviamente, no un obsesivo querer *ahorrar* tiempo, ni vivir de manera acelerada, ni querer *ganar* tiempo terminando antes las reuniones o actividades, o haciendo las cosas atropelladamente; menos aún significa ser tacaños de nuestro tiempo, incapaces de darlo a los demás.

En repetidas ocasiones Conchita le recomienda a su hija no perder el tiempo, y siempre lo hace con referencia a *una finalidad*. En el texto arriba citado, la finalidad es su perfección, su santificación². En otros textos, el objetivo es prepararse para su consagración a Dios³ o realizar su misión⁴.

Sólo quien tiene una meta que alcanzar –aunque ésta sea egoísta o aun perversa– sabe lo valioso que es el tiempo, y no lo quema. Conchita considera el tiempo, incluso un instante, como «precioso»⁵. Quien quiere conseguir una medalla olímpica, componer una sinfonía o hacer un doctorado consagra todo su tiempo y sus energías a la consecución de esa meta. Todavía más; sabe recoger los pequeños retazos de tiempo que van quedando por allí, y los aprovecha para su propósito.

Las metas de las que he hablado en el párrafo anterior son incompatibles entre sí. Las metas de las que habla Conchita son compatibles con todas las actividades. Para caminar hacia la santidad o realizar una misión, lejos de dejar de hacer otras cosas, hemos de hacerlas, pero con una intención: «Ya sea que coman o beban o hagan lo que sea, háganlo todo para gloria de Dios», háganlo todo para su santificación (1Co 10,31).

Si queremos llegar a la santidad a la que Dios nos llama, debemos aprovechar cada momento para acercarnos a esa meta, sin desperdiciar tiempo en lo que pueda alejarnos de ella.

¹ *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 319.

² Cf. *ib.*, 179, 417.

³ Cf. *ib.*, 67.

⁴ Cf. *ib.*, 417.

⁵ Cf. *ib.*, 67, 417.